

ZANE GREY

La caravana perdida



La banda de forajidos y salvajes de Latch se escondió en el desfiladero de Spider Webb, en espera de los exploradores *kiowas* que habían salido para adquirir noticias de las caravanas que se acercaban. Era una noche de verano. El desfiladero de Tela de Araña estaba situado en la primera cadena de montañas que se elevaban desde las grandes llanuras. Aquel lugar constituía el refugio en que se ocultó Satana, un fiero y sanguinario jefe de los *kiowas*. Satana y Latch habían formado una sociedad como consecuencia de la extraña relación que entre ellos se estableció cuando atacaron conjunta y accidentalmente una misma caravana.

Nota del Editor

En la versión en español del libro, publicado en 1950 por Editorial Bruguera (fuente utilizada para esta versión digital), ésta no incluyó varios párrafos del capítulo IX, que sí figuran en la versión original inglesa.

En esta versión digital se han subsanado las omisiones mediante una traducción realizada por el equipo del *Proyecto Scriptorium* del texto original.

I

La banda de forajidos y salvajes de Latch se escondió en el desfiladero de Spider Webb, en espera de los exploradores *kiowas* que habían salido para adquirir noticias de las caravanas que se acercaban.

Era una noche de verano. El desfiladero de Tela de Araña estaba situado en la primera cadena de montañas que se elevaban desde las grandes llanuras. Aquel lugar constituía el refugio en que se ocultó Satana, un fiero y sanguinario jefe de los *kiowas*. Satana y Latch habían formado una sociedad como consecuencia de la extraña relación que entre ellos se estableció cuando atacaron conjunta y accidentalmente una misma caravana.

La altitud hacía que la lluvia que caía fuese fría. Grandes hogueras ardían bajo los altos algodonereros y brillaban en los rostros de bronce de los salvajes. Un muro colosal de rocas se elevaba en la parte posterior del campamento hasta tanta altura, que su borde no podía ser percibido en la oscuridad de la noche. Al otro lado del desfiladero, el muro, oscuramente distinguible, tenía un borde accidentado, agudo como un filo de una lanza. Los murciégalos volaban en la oscuridad y lanzaban sus gritos lúgubres. Las voces de los hombres, el ruido de cascos de caballos y el sonido que producía el agua al caer, se mezclaban al incesante zumbido de los insectos. Las hogueras ardían de lleno o reducidas a rescoldos, según la cantidad de combustible de que los hombres que las cuidaban podían disponer. Los *kiowas* estaban sentados en círculo o formando grupos, silencio-

sos, estoicos, con sus oscuros rostros y ojos inescrutables en los que se reflejaba la impasibilidad de su destino.

Satana, el jefe, se hallaba sentado con los hombres blancos cerca de Latch. Parecía ser de pequeña estatura, y tenía los hombros y la espalda cubiertos por una manta. Su negro y lustroso cabello estaba peinado con raya en medio; una de las trenzas asomaba por el cierre de la manta. Su rostro expresaba una tremenda energía. Era agudo, de forma de cuña, de ancha frente y afilada barbilla. No podía verse ninguna de sus rasgos en la oscuridad, y, sin embargo, se adivinaba que tal rostro pertenecía a un indio maduro que tenía una historia llena de maldad y de sangre. El resplandor del fuego se reflejaba en sus ojos de basilisco, negros, fríos, en cuyo parecía arder una nueva hoguera.

Por razón de su color y de sus ropajes, Satana constituía la figura más impresionante del grupo. Pero en la banda de Latch figuraban hombres de aspecto tan sorprendente como el de cualesquiera otros que pudieran ser hallados en torno a una hoguera en el oeste del Misisipí al principio de la guerra civil.

En el hermoso rostro moreno de Stephen Latch se marcaban los estragos de un período de vida desenfundada. Representaba alrededor de treinta años y era hijo de un plantador de Luisiana que se había arruinado en los comienzos de la guerra. A Latch no se le había concedido cargo alguno, en el Ejército Confederado, y, amargamente eliminado, luchó contra el oficial que le había desplazado. Con las manos tintas en sangre y con el corazón lleno del odio de los rebeldes del Norte, inició su propia batalla contra los meridionales. La que en los primeros momentos fue solamente una lucha de guerrilla; degeneró muy pronto en acción de malhechores de la frontera.

Por el norte de Texas se extendieron los desertores, los vagos, los parásitos que habían de vivir fuera del amplio tráfico de las llanuras constituido por los precursores que viajaban hacia el Oeste, los transportistas que conducían

abastecimientos para los fuertes y los puestos militares de Nuevo Méjico y Colorado, y los buscadores de oro que se dirigían a California. Los forajidos y los proscritos se habían repartido desde el Norte y el Oeste, así como la canalla de las ciudades, los hombres que huían para no tener que alistarse en los ejércitos, una horda de individuos sin freno, sin nombre, sin esperanzas y sin designios.

Latch había formado su banda con hombres de estas especies. Sus dotes para el mando, que podían haber sido útiles para la Confederación, encontraron voz y acción en aquella jefatura. Sabía entender de seguidores en la cual pudiera confiar para la plasmación del género implacable de vida de aventura y de maldad que había decidido seguir.

Sin embargo, a pesar de la astucia de Latch, a pesar de su perspicacia y de su mano de hierro, la banda aumentaba sin su consentimiento, dejando una huella roja y sangrienta a lo largo del camino que conducía desde el gran río hasta las montañas. El alcohol y el oro eran unos enemigos duros de vencer, y el juego conducía inevitablemente al derramamiento de sangre. Tres hombres, los nombres de los cuales ni siquiera conocía, fueron muertos por su propia pistola, y luchas y contiendas eran acontecimientos que ocurrían todos los días. La implantación de una inteligente disciplina había sido su principal propósito, y la sagacidad en cuanto al reparto de los botines una de sus principales aspiraciones. Había en su cuadrilla hombres tan fuertes como él, y mucho más feroces e inquietos. Con todos ellos había desarrollado un juego de largo alcance, sabedor siempre de que podría matar a aquéllos con cuya lealtad no le fuese posible contar.

Y llegó su afortunada unión con Satana. Los *kiowas*, bajo la dirección de su jefe, eran implacables para los cazadores de búfalos, los soldados y las caravanas. Satana era un hombre con quien las negociaciones resultaban difíciles, pero los regalos, y especialmente el aguardiente, consi-

guieron atraerle; había sido el último hombre de su banda que se decidió a unirse a los blancos. Siendo descendiente de una familia del Sur que había sido rica y altiva, a Latch le irritó el verse despreciado por un salvaje a causa de la traición que cometía contra sus propias gentes. Pero Satana le era necesario para el cumplimiento de un terrible proyecto. Latch podría servirse de los *kiowas* para su realización, y sacrificarlos cuando lo hubiera conseguido. Su gran arma era el ron., del cual poseía varios carros que había robado a una gran caravana y escondido en el desfiladero de Tela de Araña. Solamente Leighton, su lugarteniente, que era pariente lejano suyo y que provenía del Sur, y otros dos hombres, sabían dónde estaban ocultos los barriles de alcohol. Latch comprendía que le costaría mucho trabajo seguir manteniendo el secreto, y proyectaba esconder el ron en algún otro lugar, con la ayuda de uno o dos hambres en quienes pudiera confiar por completo.

—Stephen, queremos un poco de *whisky* —dijo Leighton.

Latch llegó a la conclusión de que debía poner las cartas boca arriba, resultase lo que resultase de esta acción. Y se volvió hacia Leighton para verle mejor a la luz del fuego. No necesitaba haberlo hecho, puesto que conocía desde hacía muchos años cómo era aquel fuerte rostro. Pero, al hacerlo en aquel instante, experimentó una ligera impresión de temor.

—Lee, soy el jefe de esta banda —replicó Latch, calmoso.

—No me parece prudente que inflamemos ahora a los indios. Si alguno de vosotros bebiera, lo descubrirían pronto.

—No habrá necesidad de que lo sepan —dijo hosca-mente Leighton.

—Los *kiowas* pueden oler el alcohol a tanta distancia como tú a una mofeta.

—Lo pondremos a votación.

—¿Quién lo hará? —preguntó severamente Latch.—Algunos de nosotros.

—Puedes decirme ahora mismo quiénes son los que te apoyan —prosiguió Latch.

—Arreglemos esta cuestión inmediatamente.

—Sprall, Waldron, Mandrove, Creik y Texas, por no citar más que a algunos —replicó el joven con agresividad. Era un hombre suelto de lengua, aun cuando desconfiase tanto de sus partidarios como de los de Latch. Varios de los hombres de su grupo se movieron con desasosiego, y uno de ellos pareció tener intención de hablar. La súbita intensidad de la expresión de Satana puso de manifiesto la circunstancia de que entendía el lenguaje de los hombres blancos.

—Muy bien. Voy a contestarles, así como a ti, Lee declaró Latch con violencia. —Soy yo quien manda en esta banda, y no quiero más desobediencias. Tendréis que ateneros a mis órdenes y a mis reglas, a marcharos.

—Podríamos formar una nueva banda —dijo el pariente de Latch con energía.

—Podéis hacerlo, si os separáis de la mía ahora mismo. Si no, tendréis que hacer lo que yo os ordene —replicó, con voz potente, el jefe—. Y os agradeceré que toméis una decisión rápida.

Latch no estaba tan seguro de su situación como parecía deducirse de sus palabras, pero había llegado el momento de comprobar su fortaleza y deseaba hacerlo de una manera que no dejase lugar a la duda. Aquellos hombres eran muy difíciles de dirigir cuando se hallaban en estado de sobriedad. Eran duros, descuidados, inquietos, ligeros de pies y manos. Cuando se hallasen bajo la influencia de la botella, sería imposible manejarlos. Latch había hecho su sugerencia aun cuando sabía que si Leighton y sus compinches se apoderasen del alcohol. Satana y sus indios los seguirían. La situación era crítica, pero no peor que lo había sido anteriormente.

—¿Qué decís, compañeros? —preguntó Leighton. Sprall, un hombre pequeño, flaco, aun cuando fuerte; un malhechor tan dañino como el veneno de una víbora del desierto, miró de reojo a Latch y Leighton.

—Lo que yo quiero es ron. Y no me importa ni un comino lo que haya que hacer para obtenerlo.

Waldron, un hombre que había confesado ser desfalgador de bancos y fugitivo de Nueva York, permaneció fiel a la expresión de debilidad de su rostro.

—Eso es cosa tuya y de Latch.

Mandrove era un desertor rebelde; era joven y tenía un rostro cetrino, un bigote de color de arena y una mirada huidiza.

—Estoy de parte de Leighton —dijo.

Latch esperaba contar con la adhesión, manifestada a regañadientes, de Crek, que fue empleado de su padre en las plantaciones que había poseído. Era un esclavizador, y desde otros puntos de vista distintos a su voluminoso aspecto, parecía haber nacido para serlo.

—¡Whisky! —fue su tajante respuesta.

Quedaba solamente por conocer la opinión de uno de los partidarios que Leighton había nombrado, seguramente el más importante de todos. Era un pistolero de la región de Río Grande; respondía al nombre de Texas, y parecía tan bravío y duro como aquella frontera meridional.

—¡Sería capaz de matar a tiros a mi propio padre si me tuviera sediento ni un solo momento más! —contestó.

—Gracias por vuestras rápidas manifestaciones —replicó, Latch, forzosamente—. Podéis ensillar los caballos y largaros de aquí.

—Stephen, sé dónde tienes escondido el licor —dijo Leighton mientras una sombra oscura enrojecía su rostro.

—Sí, Y, ¡por todos los diablos!, mantendrás la boca cerrada acerca de esa cuestión —exclamó secamente Latch. Las miradas de los dos parientes se cruzaron, y con su cruce se originó el que pareció ser el momento culminante de la

situación. Latch se conocía bien, cosa que no le sucedía a Leighton, que parecía moverse instigado por una fuerza superior a sí mismo.

—No he dicho que vaya a revelarlo —continuó Leighton—; pero lo sé.

—Déjame que te diga unas palabras, joven —comenzó diciendo Keetch, «el Viejo», con voz profunda y persuasiva—. Hace veinte años que estoy en esta frontera. He visto venir y marcharse a muchos hombres. He pertenecido a las cuadrillas más duras que ha habido, desde el Brazos hasta el Platte. Y todos los que lucharon entre sí, no duraron mucho. Claro es que a nadie le importa lo que tú quieras hacer de tu vida, pero te digo que es una insensatez el despreciarla y destruirla. Y si vosotros y todos los *piel-rojas* os emborrachais..., ¡bueno!, el infierno sería una reunión de corderos y palomitas comparado con esta banda... El jefe tiene la cabeza bien asentada sobre los hombros, y creo que todos debemos escucharle.

—¡Demonios encendidos! ¡Ya estamos escuchándole! ¿Qué otra cosa podemos hacer, aquí, encerrados en este agujero? No hay dinero; no hay bebida, no se puede jugar... ¡Ya estoy harto de esto! —exclamó Leighton, irritado—. ¡Necesito acción... y no me importa ni un pepino la clase que sea!

—Leighton, puedes conseguir la clase de acción que desees —dijo la última adquisición de la cuadrilla.

Este individuo, un mozalbete que aún no había llegado a los veinte años, había seguido a Latch a su salida del Fuerte Dodge, varias semanas antes, y sin hacer pregunta alguna y sin decir más que su nombre era Lester Cornwall, se había adherido al jefe. Más tarde, Latch recordó que había visto al muchacho en uno de los garitos de juego. Su rostro era tan agradable como el de una muchacha, y su cabello tenía un brillo intermedio entre el del oro y el de la plata. Y guapo, tan guapo como una muchacha hermosa

podría ser, si no fuera por su expresión de suprema crueldad. Podría haber sido un hijo del bien y del mal.

—¿Qué? —resopló Leighton, como un toro que se dispusiera para la acometida.

Cornwall se puso en pie con un sencillo movimiento y metió significativamente una mano en el interior del chaleco. La luz de la hoguera se reflejó en sus ojos descoloridos.

—Pistolas, a puños —dijo lentamente, con su acento de hombre de Carolina.

Leighton se enderezó mientras lanzaba un juramento y sacaba la pistola de la funda. Latch era el que se hallaba más próximo a él, pero fue Keetch quien agarró a Leighton de la mano y la mantuvo inmóvil hasta que otro de ellos le obligó a bajarla.

—¿Qué es lo que te he dicho hace un momento? —preguntó Keetch agresivamente—. Ahora has tenido la prueba de que tenía razón al decirlo.

—¡No quiero que ese niño de cara pálida...!

—Bien, alguien tenía que demostrártelo —le interrumpió fríamente Keetch—. Y la cosa está muy clara para todos nosotros..., si no lo está también para ti.

Latch tuvo durante un momento esperanzas de que Leighton, arrebatado por la rabia, saltase contra Keetch y recibiera un tiro. Luego, llamó la atención a los dos beligerantes para que depusieran su actitud. Leighton no se dignó contestar, pero se serenó y volvió a sentarse contra el leño.

—Coronel, creo que no soy el único que está harto de la charlatanería de Leighton —contestó fríamente el joven mientras se volvía de espaldas y se aproximaba al fuego. Latch experimentó una punzada al oír el título que se le había concedido en su vida privada, mas el derecho al uso del cual le fue negado oficialmente al advenimiento de la guerra. Aquel joven le conocía o había oído hablar de él. Latch apreció en el mozalbete una extraña lealtad, así como un notable desprecio por la vida. Y esto le conmovió como nada le había conmovido jamás.

—Escuchadme, hombres —comenzó diciendo con elocuente vehemencia—. Keetch tiene razón. Si luchamos entre nosotros mismos, estamos perdidos. Luchemos para los demás de nuestra banda, no contra los demás. Garantizo que haré la fortuna de todos los que me sean fieles. Pero mi palabra ha de ser ley. No hemos tenido disciplina, no hemos tenido propósitos, ni proyectos, ni ejecución... Hemos sido solamente una banda de rufianes de la frontera. Mi intención consiste en organizar la banda más grande y poderosa que jamás se Nava conocido en la frontera. Y todos seremos ricos.

—Hablas muy bien, Stephen —dijo Leighton con curioso desprecio—. Pero jamás realizas nada. ¿Cuál es ese maravilloso proyecto tuyo que ha de labrar nuestras fortunas?

—Hacer una guerra organizada contra las caravanas que cruzan las llanuras —declaró el jefe con aspereza—, lo mismo contra las que se dirigen al Oeste cargadas con abastecimientos de municiones, subsistencias, oro y mercancías del Gobierno, que contra las de los comerciantes que regresan con cargamentos de pieles. Es preciso que Satana nos ayude para conseguirlo. Este indio inteligente ha comprendido la grandeza del propósito, y dirige a quinientos indios de Kiowa, la mitad de los cuales se encuentra aquí, con nosotros.

—Sí, es una gran idea —dijo despacio Keetch, «el Viejo».

—Y no echéis en olvido, vosotros los del Sur, que nueve de cada diez de esas caravanas son yanquis.

—Sí, ayudaremos a la Confederación que nos ha proscrito y se ha apoderado de nuestras cosechas —añadió Latch con amargura.

—¿Cuál es tu proyecto? —preguntó Leighton, irritado en extremo.

—Escuchad: de ahora en adelante, serán muy pocas las caravanas que dispongan de una escolta militar, ya que casi todos los soldados de los fuertes han sido llevados a la

guerra. Las caravanas que no se agrupen en gran número para protegerse mutuamente, serán presa fácil para nosotros. Escogeremos siempre pequeñas caravanas, nunca mayores de cincuenta carros. Utilizaremos nuestro ron para encender a los *kiowas* y lanzarlos contra los malditos comerciantes yanquis. Haremos que Satana mate a todos los hombres... y a las mujeres también, de las caravanas que atacemos. No recurriremos jamás al procedimiento de dispersar los bueyes o los caballos, o de quemar los carros. Nos apoderaremos hasta de lo más insignificante de cada caravana, de modo que no quede ni el más pequeño vestigio de ella, como si se hubiera desvanecido en las llanuras. ¡Caravanas perdidas!... Esto es todo. Jamás podremos ser descubiertos aquí, o, por lo menos, no podremos ser descubiertos por los hombres blancos. Satana dice que podremos traer los carros hasta lo alto del desfiladero y dejarlos caer en él, donde nunca serán hallados. Los indios se apoderarán del ganado, que será su paga. Y para nosotros quedará el contenido de los carros. El mes pasado salió de Independencia una caravana que, solamente en oro, llevaba más de cien mil dólares. Podemos permitirnos el lujo de trabajar lenta y cuidadosamente cuando se trata de apoderarse de tesoros de tal importancia. Pero cualquier caravana nos producirá muchas ganancias, tanto en abastecimientos como en dinero... Y éste es mi proyecto, Lee, explicado a la ligera. Más tarde podremos discutir los detalles. Pero es preciso que constituyamos una banda unida y sujeta a una estricta dirección... Ahora, todos vosotros podéis hablar.

—Estoy de acuerdo contigo —contestó cordialmente Leighton.

—Los muertos no abren el pico, ¿verdad? —murmuró Keetch—. De modo que ése es tu proyecto... Es una gran idea. Pero no me gusta el asesinato en masa.

—Ni a mí. Podríamos atacar una caravana en la que hubiera mujeres y niños... ¡No importa! Los *kiowas* se encargarán del trabajo más repugnante. Nosotros no lo veremos.

Mas para que adquiramos fortaleza mientras el Norte y el Sur están en guerra, es preciso que sigamos ese plan y que nos atengamos a él. Voy a pasar lista. Contestad si o no.

Entre el grupo que Leighton había designado como compuesto por hombres que eran de su misma opinión, sólo Waldron, el fugitivo del Norte, contestó negativamente a Latch.

—No me importa lo que pueda ir contra tus principios —añadió secamente Late—. O estás de acuerdo con nosotros, o te separas de la banda.

—No puedo elegir —replicó sombrío Waldron, como si en realidad se hallara amenazado de muerte inmediata—. Me someto a tu jefatura.

Mano Negra y Negro Jack, proscritos que habían hallado en la banda de Latch un puerto de refugio, manifestaron breve y enérgicamente su aceptación. Lobo Solitario, un vaquero de Texas cuyo pasado era desconocido, inclinó el rostro delgado y cetrino y dejó que el silencio diera su respuesta. Agustín, el vaquero mejicano, respondió suavemente en su lengua natal:

—Sí, señor.

Keetch, «el Viejo», habló con el jefe acerca de las posibles consecuencias de asesinato de mujeres y niños.

—¿No podríamos evitarlos? Eso está contra las leyes de la frontera... Hay muchísimas caravanas en las que sólo van hombres.

Latch había meditado anteriormente sobre esta cuestión y llegó a la conclusión de que era imposible averiguar previamente cuándo había mujeres o niños en una caravana. Aun los propios transportistas y comerciantes llevaban consigo algunas veces: a familias de colonizadores.

—Keetch, tendremos que cerrar los ojos —concluyó Latch.

—Perfectamente. Me someto. Pero quiero añadir una palabra: a la larga, eso nos destruirá a nosotros. ¿Qué opi-

nas tú, Cornwall? —preguntó Lach a la más joven y reciente de las adquisiciones de su banda.

—Lo que usted diga, coronel —contestó el joven con impaciencia.

Su perfil limpio y puro se destacó ante el fuego cuando volvió la cabeza para responder. Nuevamente se sintió sorprendido Lach al apreciar la falta de sentimientos del muchacho. La lucha, el robo, el asesinato, la muerte..., todo esto carecía de significado para él. Y, sin embargo, parecía un joven pacífico, inteligente, soñador. Lach desechó con un estremecimiento una serie de pensamientos de la que debería deshacerse para siempre.

—Queda convenido. La banda de Lach —dijo fuertemente en tanto que expulsaba un largo aliento. Nadie podría haber comprendido en aquel momento lo que para el porvenir significaba aquel acuerdo.

—Trece —exclamó Keetch.

—¿No tomaremos nuevos miembros? Alguno de nosotros morirá en algún ataque. Y, por razón de la misma naturaleza de nuestro trabajo en esta frontera, otros hombres nos atacarán...

—Somos suficientes por ahora. Cuanto más pequeña sea nuestra banda, tanto mayores serán los beneficios para cada uno. No me agrada la idea de que se nos unan los desechos de otras bandas. Es preciso que mantengamos en secreto nuestra guarida.

—Me parece muy razonable. Pero no será una cosa fácil de conseguir —continuó Keetch, pensativo.

—Tengo una idea, Lach. ¿Recuerdas que allá abajo, a un día de camino, en el lugar en que se abre este desfiladero, hay una pradera? Es el valle más maravilloso de los que he visto en toda mi vida. Es probable que algún día vayan a residir en ella algunos colonizadores. Podríamos instalarnos allá, guardar y criar ganado vacuno y caballar... Sería un rancho que nos serviría de cortina de humo.